

Europa: apoteosis y realismo

LA entrada de España en la Europa de la primera velocidad constituyó uno de los triunfos más espectaculares del gobierno Aznar. Dos años antes tal evento parecía imposible, pues no cumplíamos ninguna de las condiciones establecidas en Maastricht. Un presupuesto draconianamente austero y una gestión rigurosa consiguieron rebajar el déficit público, arrinconar la deuda y controlar la inflación. La opinión pública está empezando a reconocer en las encuestas este trabajo bien hecho del gobierno y, si las cosas no se tuercen, parece que su ventaja electoral también se consolidará.

Ya no existe la frágil peseta de nuestras recurrentes devaluaciones. Ya nos manejamos con **euros**, moneda más fuerte aún que el poderoso marco alemán. Existe una cierta euforia generalizada: los créditos son asequibles, el paro disminuye. Todo se asocia con la idea subyacente de que la simple pertenencia a la UEM (Unión Económica y Monetaria) producirá un bienestar indefinido. Como, además, seguimos disfrutando de unas importantísimas transferencias procedentes de los fondos de cohesión, sabiamente negociadas por Felipe González en su día (somos el país más beneficiado), el índice de satisfacción

europea es altísimo en todo el Estado. Estamos viviendo nuestra apoteosis europeísta.

*Si trascendemos el contenido económico, los horizontes europeos se presentan como un ensanchamiento espiritual capaz de transformar profundamente nuestro ser individual y colectivo. Se está construyendo una Europa de redes y territorios en la que, no sólo los Estados, sino las religiones, las lenguas y las culturas tendrán zonas de ósmosis que abordarán finalmente a un ser europeo menos tribal. Edgar Morin habla del **segundo Renacimiento**, más potente y decisivo que el primero: el primer Renacimiento resucitó exclusivamente las raíces grecolatinas de Europa; el segundo redescubrirá la riqueza del aporte a Europa de otras culturas: magiares, eslavas, turcas, islamismo, ortodoxia, etc. y toda Europa se remodelará en su definición y en su funcionamiento.*

*NOS felicitamos por todos los efectos de apertura de mente que produce esta perspectiva en el interior de España, tan necesitada de sosegar las pasiones nacionales y nacionalistas. Por fin parece que se va haciendo realidad aquella consigna que Julien Benda, el pionero moral de la construcción europea, daba hace casi sesenta años en su libro **Discursos a la nación europea**, de título significativamente paralelo al de Fichte: «Construir Europa es, sobre todo, una cuestión moral. Se trata de animar a las gentes, no a destruir las naciones, sino a sentirse en una región de ellos mismos que trascienda el sentimiento nacional». El caminar con Europa nos está haciendo adquirir la deseable nacionalidad crítica española, un bien para la convivencia y para el desarrollo moral del país.*

*Pero esta **Europa garantía** y esta **Europa horizonte** está sin terminar y no todos los balcones que quedan por construir son igualmente halagüeños. Los españoles que*

se pintan la definitiva apoteosis europea se están comiendo el trigo en hierba. Pronto su estómago les avisará.

La reducción del entusiasmo económico

TRES luces de emergencia se han encendido en Europa y ambas presagian un futuro a medio plazo mucho menos feliz del que nos habíamos pintado:

- a) **La reducción de los fondos de cohesión.** En varias reuniones de los ministros de Economía y Finanzas de la Unión Europea (ECOFIN) se ha planteado ya la necesidad de reconsiderar la financiación de Europa. El primer contribuyente neto, Alemania, que aporta unos diez mil millones de euros cada año, se venía quejando desde hace tiempo de la pesadez de su carga financiera, pero nunca concretó medidas ni plazos para liberarse parcialmente de ella. La llegada a la cancillería de **Gerhard Schroeder** ha planteado la cuestión con carácter concreto y urgente: pretende una reducción drástica de los fondos de cohesión y, si el equilibrio presupuestario lo exige, eliminar las transferencias de los mismos a los países que están en el euro.
- b) **La renacionalización de la PAC.** Es bien sabido que el capítulo principal del presupuesto comunitario lo constituye la política agrícola común (PAC). El campo vive más de las subvenciones que de la producción. Alemania ha propuesto que cada país, de acuerdo con directivas concretas europeas, se haga responsable de su política agrícola. Los agricultores de toda Europa, y particularmente los españoles, tiemblan ante esta posibilidad.
- c) **La financiación de la ampliación de la UE.** Ya el tratado de Roma, en su artículo 237, reconocía el

derecho de todos los Estados europeos a formar parte de la Comunidad europea. Las sucesivas ampliaciones estaban ya en la mente de los fundadores. El tiempo las ha hecho inevitables. Se podrá diferir algunos años, pero la inclusión en la UE de todos los países del Este llegará indefectiblemente. Alemania presiona para que el proceso se acelere y exige liberar 59.000 millones de euros para financiar la ampliación.

España y Francia han sido los dos países que más duramente se han opuesto a estas medidas. España ha llegado a amenazar con vetar cualquier proyecto que la excluya de los fondos de cohesión, y Francia ha manifestado su irreductible oposición tanto a que se renacionalice la política agrícola como a que se extienda el cheque agrícola, que ahora sólo recibe el Reino Unido, a alemanes, suecos, holandeses y austríacos.

*En la reunión del ECOFIN del 18 de enero se plantearon todos estos problemas dentro de la llamada **Agenda 2000**, en la que se replantean las principales políticas comunes. Como casi siempre, se adoptará una solución intermedia, se pactarán plazos más dilatados, pero se andará en la dirección propuesta por Alemania. Saboreada la miel de «todo es beneficio», tendremos que aceptar una reducción considerable de nuestras expectativas económicas en Europa. Nos sacrificamos para llegar al euro. Ahora nos toca sacrificarnos para continuar.*

La reducción del entusiasmo ético-cultural

ESA Europa idílica en la que todos podríamos ser ciudadanos de todos los territorios también desdibuja algo sus perfiles. Eso que Edgar Morin, en terminología de otras evocaciones, llama «comunidad de

destino» no lo es siempre. Cuando se trata de defender los intereses nacionales, resurgen las viejas tribus del continente. A Serbia porque es ortodoxa, Albania porque es musulmana, Turquía porque es enemiga tradicional de Grecia, etc. se les niega o negará el acceso hasta que esa conciencia europea *in fieri* haya crecido.

Además, si eludimos por un momento la mirada eurocentrista y miramos a los inmigrantes, la perspectiva de ampliación es éticamente ambivalente: por un lado la saludamos como una extensión del paraíso posible a millones de personas que malviven en esos territorios, pero por otro, **cuanto más se amplíe Europa**, más se estarán ampliando los **territorios de exclusión** en los que no podrán instalarse los trabajadores procedentes de África, América Latina y Oriente. Nuestra idílica versión de Europa retorna también al realismo.

Conclusión

A pesar de que el horizonte social no sea tan brillante como se soñó, a pesar de que, cuando los húngaros entren en la UE, Hungría, tradicional tierra de paso, se hará más hermética para los transeúntes, a pesar de todos los pesares, la construcción de la Europa cultural merece la pena.

Y lo mismo cabe decir en el orden económico. El argumento más esgrimido para justificar la minoración o eliminación de los fondos de cohesión que recibe España es que nuestras estadísticas son magníficas y que incluso hemos cumplido mejor que Alemania y otros Estados las condiciones de entrada en el Euro. Este razonamiento es correcto. Si España va bien, si de verdad estamos en la cabeza, no tendríamos que beneficiarnos de fondos que se concibieron para la cola.

Ahora bien, España, como Portugal, accedió al euro gracias a un tratamiento de choque que le hizo adelgazar sus deseconomías. Se vacunó contra todas las enfermedades que le hubieran impedido pasar la prueba.

Y, claro, pasó brillantemente el examen, más brillantemente incluso que Alemania. ¿Significa ello que estamos al nivel de los teutones? De ninguna manera. Nuestra estructura productiva es abismalmente inferior; nuestro PIB por habitante, menos de la mitad, la fragilidad de nuestros mercados, diez veces mayor. Europa debe funcionar con parámetros reales y, si funciona con ellos, a España deben corresponder aún, por lo menos hasta el año 2006, esos fondos de cohesión que ahora se discuten.

PERO el horizonte de que España pase de beneficiario a contribuyente neto debe plantearse ya como un objetivo inmediato de nuestra voluntad política. Los ciudadanos no nos resignamos a vivir eternamente subvencionados. El gobierno tiene la obligación de defender el derecho a percibir los fondos europeos, pero para emplearlos en generar la riqueza necesaria que los haga en pocos años innecesarios.